

MALESTAR EN LA CIVILIZACIÓN

Los expulsados del capitalismo salvaje

Gustavo Dessal

Cuando las primeras sombras caen sobre la ciudad de Buenos Aires (y en tantas otras metrópolis), un ejército de seres surgidos de las afueras recorre las calles revolviendo en la basura y recuperando los desechos que pueden servir para su venta. Es una imagen a la que los habitantes están acostumbrados, porque como sabemos, ya en el Antiguo Testamento está escrito que tenemos ojos para no ver.

Por la mañana, poco antes de que la luz inaugure un nuevo día, otro esforzado ejército habrá borrado las huellas que los visitantes de la noche han dejado, creándose así un circuito perpetuo que podría recordarnos uno de los ciclos de la naturaleza, de no ser porque este ha sido creado por los hombres, contrariando todas las leyes naturales. El mundo, su movimiento y su dinámica, se ha convertido en una fabulosa máquina de generar desechos. Desechos de toda clase que se acumulan y se trasladan de un sitio a otro, y cuyo número se calcula en cifras inconcebibles. Ya no sabemos qué hacer con ellos, cómo hacerlos desaparecer, o al menos ocultarlos. A pesar de todas las tentativas que se llevan a cabo para negarla, la evidencia es que los desechos son ineliminables. Pero más difícil de disimular es el hecho de que las sobras se componen también de millones de seres humanos, aquellos que la gigantesca fábrica global ha descartado en el proceso de producción.

Un tráfico creciente de desechos ha creado un fabuloso negocio que genera ingresos inimaginables. Todos los días, miles de barcos cargados de contenedores trasladan la basura electrónica e informática del primer mundo hacia países convertidos en auténticos vertederos. Ciudades enteras de Asia y África han cambiado su paisaje natural por el de inmensas montañas de porquería industrial envenenada. El propio gobierno chino ha reconocido que el 75% de la basura informática mundial se arroja en su territorio: solo en la ciudad de Guiyu trabajan más de 150.000 personas para tratar los desechos que llegan.

Pero existe otra clase de desperdicios, mucho más problemáticos aún, más difíciles de reducir o hacer desaparecer: los desperdicios humanos. Todavía -aunque no sabemos si durante mucho tiempo más, a la vista de ese gran ensayo profético que se llamó el Holocausto- esta cuestión no puede tratarse como un mero problema técnico. Por razones cuya duración no está desde luego garantizada, el traslado, reubicación y alojamiento de los desechos humanos no puede realizarse con los mismos procedimientos que se emplean con la basura industrial, a pesar de que -en el fondo- ambas clases de restos obedecen a una misma lógica: el funcionamiento sincronizado del discurso científico y el del capital, que incluye en su dinámica un necesario e ineludible mecanismo de evacuación. Una vez agotado su valor de mercancía, el sujeto transmutado en materia fecal se precipita por el sumidero de la modernidad, realizándose como resto descartable.

Esto no puede atribuirse simplemente al paradigma social que impera. La degradación de los seres humanos no obedece al ejercicio de una barbarie primitiva, puesto que ya hemos tenido la comprobación de que la mayor catástrofe histórica no constituyó un accidente del proceso de la modernidad, sino que fue planificada en su nombre. Es preciso comprender que el proceso de expulsión de *destitutus*, en el que cosas y personas se incluyen por igual, no es una mera consecuencia indeseable, un "daño colateral" o "efecto secundario" del movimiento del progreso, sino su objetivo último y final. La obsolescencia programada de cosas y personas, especialmente de personas reducidas al estatuto de cosas, es el resultado de un cálculo, y no de un desgraciado disfuncionamiento del sistema. Dicho cálculo extrae su ventaja del hecho de que los seres humanos pueden ser tratados como objetos al servicio de la satisfacción de los deseos más inconcebibles. Eso sucede en virtud de que la razón humana, lo que llamamos el *logos*, está habitada por una fuerza extraña, que excede los límites mismos del pensamiento. Denominamos a tal fuerza con el término *goce*, para indicar aquello que, formando parte del *logos*, es al mismo tiempo lo que lo desborda. Así, podemos afirmar que el hombre goza allí donde cree pensar, y que su pensamiento, cualquiera sea, está modulado por ese goce del que no sabe nada. Que no sepa no impide que ese goce se realice tanto en los fantasmas con los que aborda la realidad, como en las acciones que ejerce sobre sus semejantes, o en las que esos semejantes ejercen sobre él.

Las desigualdades y las injusticias sociales han marcado desde siempre la realidad humana. No obstante, es conveniente remontarnos hacia el pasado para comprender la especificidad de nuestro tiempo. La historia de nuestra civilización es, a grandes rasgos, la historia de un extraordinario proceso de sublimación que dio lugar a lo que en psicoanálisis conocemos como el Nombre del Padre. El Nombre del Padre es un concepto que implica la estructura del sujeto, y que nos permite entender el mecanismo mediante el cual un ser que carece de toda predeterminación ontológica y que está destinado a habitar un lenguaje que lo desnaturaliza y lo arroja a una existencia desamparada, puede en la mayoría de los casos encontrar un significante clave, un significante maestro, capaz de proporcionarle una cierta estabilidad y permitirle construir una ficción más o menos eficaz para soportar y manipular lo real. Pero el Nombre del Padre es también la función que durante muchos siglos presidió el orden del mundo, un orden que mientras existió fue capaz de contenerlo todo en su interior. Un orden superior que denominamos simbólico, donde las cosas encontraron su lugar y su legitimidad. El destierro, la pena anterior a la muerte que en la Antigüedad griega se reservaba para los miembros de las clases altas, fue el único procedimiento de expulsión conocido. A pesar de sus condiciones de vida, los esclavos

no estaban excluidos del lazo social. Como objeto que pertenecía al amo, el esclavo formaba parte de su mundo, al punto de que en Roma se lo consideraba un miembro de la familia. Tenía su sitio bien delimitado en la estratificación de la *polis*, y su existencia estaba contemplada por la ley. Aunque esto pueda hoy resultarnos extraño, la disponibilidad de la vida de un esclavo no quedaba librada simplemente al puro arbitrio del amo, quien por el contrario se obligaba a contraer determinadas responsabilidades y deberes para con sus esclavos. Los amos y los esclavos, los hombres y los dioses, aunque separados por sus diferencias, convivían no obstante en el interior de ese orden cerrado, ese orden de significado que el Nombre del Padre aseguraba.

En la conferencia que pronunció el 26 de abril de este año para presentar el tema del próximo congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, Jacques-Alain Miller señaló con mucha precisión que a ese mundo ordenado por el Nombre del Padre le correspondía una determinada noción de lo real: un real inmutable, un real definido como “aquello que vuelve siempre al mismo lugar”, y cuyo paradigma es la naturaleza y la regularidad de sus leyes eternas. No resulta fácil rastrear el inicio histórico del progresivo e irremediable desmantelamiento del orden simbólico establecido por el privilegio del Nombre del Padre, pero es indudable que la ciencia moderna contribuyó de manera decisiva. La ciencia moderna, surgida de la meditación cartesiana y la física de Galileo, es lo que pondrá punto final a la noción de naturaleza, una noción basada en la idea de un mundo finito y visible. La naturaleza, como representación de un real previsible, un real articulado al sentido y la armonía, será paulatinamente descompuesta, y su destrucción no habrá de ser solo la consecuencia de una explotación económica, sino muy en particular la obra de un discurso cuyo modo de revelación de la verdad ha vuelto superfluo el concepto mismo de dicha naturaleza. En otras palabras, la degradación ecológica no puede comprenderse solo a la luz de la voraz ambición humana, sino que ha sido precedida por una metamorfosis de la noción misma de vida que debemos a la racionalidad científica.

Al igual que Dios, el Nombre del Padre se ha retirado de la escena, inaugurándose así una era en la que esa racionalidad quedará definitivamente desvinculada de la ética. Cuando la gestión de las personas y las cosas se entrega a la lógica de la ciencia y el capital, uno de los primeros efectos es la cosificación de las personas y la personificación de las cosas. Hace pocos días mi amigo Ignacio Castro y yo nos divertíamos con SIRI, el asombroso programa de reconocimiento de voz desarrollado por la compañía Apple. Uno puede hablarle al teléfono, y una dulce y seductora secretaria virtual ejecuta órdenes y responde a toda clase de preguntas. Deseosos de ponerla en aprietos, Ignacio sugiere que le preguntemos qué opina sobre la vida sexual. Su respuesta fue tan humana que nos dejó boquiabiertos: “No tengo la menor idea”, dijo.

Al hacer tabla rasa del orden amparado en el Nombre del Padre, la modernidad ha logrado producir una plenitud del mundo, en el sentido de una conquista plena de la realidad. El discurso de la modernidad no permite, o al menos hace todo lo posible por impedir, la existencia de un “afuera”, es decir, de un discurso alternativo. El “afuera” solo existe bajo la forma de los residuos que se expulsan, en especial los residuos humanos. Como lo señalaba Zygmunt Bauman, “la nueva plenitud del planeta significa, en esencia, una aguda crisis de la industria de eliminación de residuos humanos”. Algunos de ustedes recordarán tal vez el comienzo de *Gomorra*, el libro de Roberto Saviano sobre la Camorra, un libro que un crítico definió como un ensayo sobre la estética del siglo XXI:

“El contenedor se balanceaba mientras la grúa lo transportaba hacia el barco. Como si estuviera flotando en el aire, el spreader, el mecanismo que engancha el contenedor a la grúa, no lograba controlar el movimiento. Las puertas mal cerradas se abrieron de golpe y empezaron a llover decenas de cuerpos. Parecían maniqués. Pero en el suelo las cabezas se partían como si fueran cráneos de verdad. Y eran cráneos. Del contenedor salían hombres y mujeres. También algunos niños. Muertos. Congelados, muy juntos, uno sobre otro. En fila, apretujados como sardinas en lata. Eran los chinos que no mueren nunca. Los eternos que se pasan los documentos de uno a otro. Ahí es donde han acabado. Los cuerpos que las imaginaciones más calenturientas suponían cocinados en los restaurantes, enterrados en los huertos de los alrededores de las fábricas, arrojados por la boca del Vesubio. Estaban allí. Caían del contenedor a decenas, con el nombre escrito en una tarjeta atada a un cordón colgado del cuello. Todos habían ahorrado para que los enterraran en su ciudad natal, en China. Dejaban que les retuviesen un porcentaje del sueldo y, a cambio, tenían garantizado un viaje de regreso una vez muertos. Un espacio en un contenedor y un agujero en un pedazo de tierra china”.

Volviendo a Bauman, “la propagación global de la forma de vida moderna liberó y puso en movimiento cantidades ingentes, y en constante aumento, de seres humanos despojados de sus hasta ahora adecuados modos y medios de supervivencia, tanto en el sentido biológico como sociocultural del término. Para las presiones de la población resultante [...] no hay salidas fácilmente disponibles, ni para su *reciclaje* ni para su *eliminación* segura”. En otras palabras, los desechos materiales y humanos constituyen un nuevo real, pero esta vez se trata de un real verdaderamente fuera del sentido, un real no regulado por la previsibilidad de una ley, un real producido por el emplazamiento de un discurso que se desentiende de cualquier responsabilidad causal.

La vieja noción marxista de “ejército de reserva”, como el conjunto de almas cuya fuerza de trabajo estaba disponible para que, llegado el momento, pudiese incorporarse al sistema de producción, pertenece al universo en el que el Nombre del Padre mantenía aún cierto control de las reglas del juego. Porque el ejército de reserva, a pesar de su miserable condición, formaba parte del sistema, del mismo modo que aquello que se guarda en una alacena no es lo mismo que lo que se arroja a la basura. Hoy en día el ejército de reserva ha dado paso a una inmensa población trashumante que habita el no-mundo, y cuyos continuos intentos por forzar su reingreso al sistema del que ha sido desalojada constituye un problema cada vez más complejo para los estados, que desde hace varias décadas han dimitido de su función política para ocuparse exclusivamente de labores de gendarmería al servicio del poder financiero internacional.

En un mundo donde los productores se extinguen en beneficio de un aumento exponencial de los consumidores, hay muy poca gente dispuesta a hacerse cargo de sus propios *deitrus*. Hemos sido educados para satisfacer de forma instantánea nuestros deseos, pero nadie quiere asumir las consecuencias. Cuando los trabajadores que permanecieron en las entrañas envenenadas de la central nuclear japonesa de Fukuyima intentaron regresar a sus hogares, encontraron el espantoso rechazo de sus vecinos. Algo semejante a lo que sufrieron los veteranos de Vietnam, o los supervivientes de los campos de concentración. Nadie quiere saber nada de "los mensajeros de la desgracia", como decía Bertold Brecht, una desgracia producida por esa racionalidad desligada de cualquier obstáculo moral.

Lamentablemente estamos aún muy lejos de percibir en toda su magnitud de qué modo este crecimiento insostenible de residuos humanos habrá de repercutir en el cada vez más incierto equilibrio de la vida en el planeta. Posiblemente uno de los intelectuales más lúcidos sobre este tema sea el psicólogo social Harald Weltzer, que en su libro *Las guerras climáticas* vislumbra un aumento de la violencia generada por el cambio climático, resultado a su vez de una manipulación suicida de lo real.

«El cambio climático no solo es un asunto de política ambiental de suma urgencia, sino que al mismo tiempo constituirá el mayor desafío social de la modernidad, al amenazar las oportunidades de supervivencia de millones de personas, y obligarlas a migraciones masivas. Esto lleva a la cuestión inevitable de cómo proceder con esas masas de migrantes irregulares que ya no pueden vivir en los lugares de donde provienen, y quieren ser partícipes de las oportunidades de sobrevivencia en los países privilegiados».

En síntesis, desde distintos ángulos y expresado a través de una multiplicidad de fenómenos, vemos que un proceso ineludible cobra una consistencia cada vez más grave: el efecto de retorno creado por la expansión irrefrenable de un discurso gobernado por la ley de «usar y tirar», una ley que se aplica a personas y cosas por igual, puesto que ambas pierden toda distinción. Pero es preciso destacar que ese discurso obtiene su efectividad al explotar un resorte inconsciente de la estructura psíquica, consistente en el hecho de que el sujeto es ante todo, en su estatuto más originario, un objeto. Un objeto del deseo del Otro, algo que puede constituirse en don, en regalo, en prueba de amor, pero también en tributo, chantaje, secuestro, manipulación, negociación, sacrificio. Como lo escribió Freud en *El malestar en la cultura*, con esa determinación insobornable ante la verdad de la condición del ser hablante: "El hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que solo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones pulsionales también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirle, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo". Al otorgarle este papel crucial al goce en la dinámica psíquica y en el lazo social, el psicoanálisis permite no caer en la ingenuidad paranoica de creer que solo las estructuras de poder son responsables del malestar y el sufrimiento que padecemos.

Hoy en día, la tecnocracia que rige los destinos de la Comunidad Europea ha reducido a cientos de millones de personas a cifras que confluyen en un cálculo de costes, beneficios y pérdidas. Una monumental lista de Schindler que convierte la existencia en una decisión contable. No hay ya más lista de espera para el *overbooking* humano. Las personas que hasta ahora gozaban del estatuto de ciudadanos libres, contribuyentes, usuarios, y otros nombres ficticios, son devueltos a su entidad de objetos negociables. La política, convertida abiertamente en una gestión burocrática y penal, no solo ha claudicado de cualquier responsabilidad moral, sino que se vuelve una de las mayores amenazas para la supervivencia de la subjetividad, y en su extremo para la supervivencia física. Habiendo perdido definitivamente el control de los residuos humanos, la tecnopolítica comienza a interesarse en la prevención de las consecuencias, a fin de blindar a una parte del cuerpo social contra el peligroso e indeseable reflujo de los que han sido expulsados al no-mundo. Esta es, sin duda, la nueva y más dramática forma que en la actualidad toma el malestar en la civilización. Si en la época de Freud este malestar era producido fundamentalmente por la represión de las pulsiones, principio inherente al proceso civilizatorio mismo, hoy el malestar parece derivar de lo contrario, de un goce sin límites ni restricciones, de un empuje a la satisfacción que ha derribado los diques de la moral, la solidaridad y el amor, para confundirse con la obscena e infinita avaricia de la que el superyo hace gala en su exhortación al sacrificio.

Contra este panorama, pocas son las armas que el psicoanálisis puede emplear. Así y todo, son cada vez más los psicoanalistas que deliberan sobre cómo hacer para que el discurso analítico logre abrir un frente de influencia en lo político. De momento, este debate está más atravesado por los interrogantes que por la certeza de una acción real. Cuando Freud consideró que la "nerviosidad moderna" estaba causada por la represión sexual excesiva, y que la civilización era en gran medida responsable de la neurosis que padecía la inmensa mayoría de los hombres, estaba considerando que el psicoanálisis tenía por delante una tarea que no podía limitarse a lo que transcurre en el interior de una consulta. Conforme fueron pasando los años, su esperanza en que el análisis pudiese cambiar la estructura de la sociedad fue perdiendo vigor, derrotada por ese pesimismo crítico y a la vez lúcido que le permitió no retroceder ni siquiera ante las verdades más amargas sobre la condición humana. No obstante, me permito citar aquí la hermosa frase de Max Weber con la que Luis Seguí[2] finalizó su conferencia el lunes pasado: "La historia muestra que

para conseguir lo posible hay que perseguir lo imposible una y otra vez". Una frase que resuena con algo que Lacan dijo una vez a propósito de la causa analítica: asumir que está perdida, es tal vez la única posibilidad que tenemos de ganarla.

Notas

1. Conferencia dictada el 1 de octubre de 2012 en el ciclo "Conferencias Introdutorias a la Orientación Lacaniana" (NUCEP, Instituto del Campo Freudiano en Madrid). No publicada.
2. "El valor del trabajo: su exceso, su falta". Pronunciada el 24 de septiembre de 2012 en el marco de las Conferencias Introdutorias del NUCEP (Instituto del Campo Freudiano en Madrid)